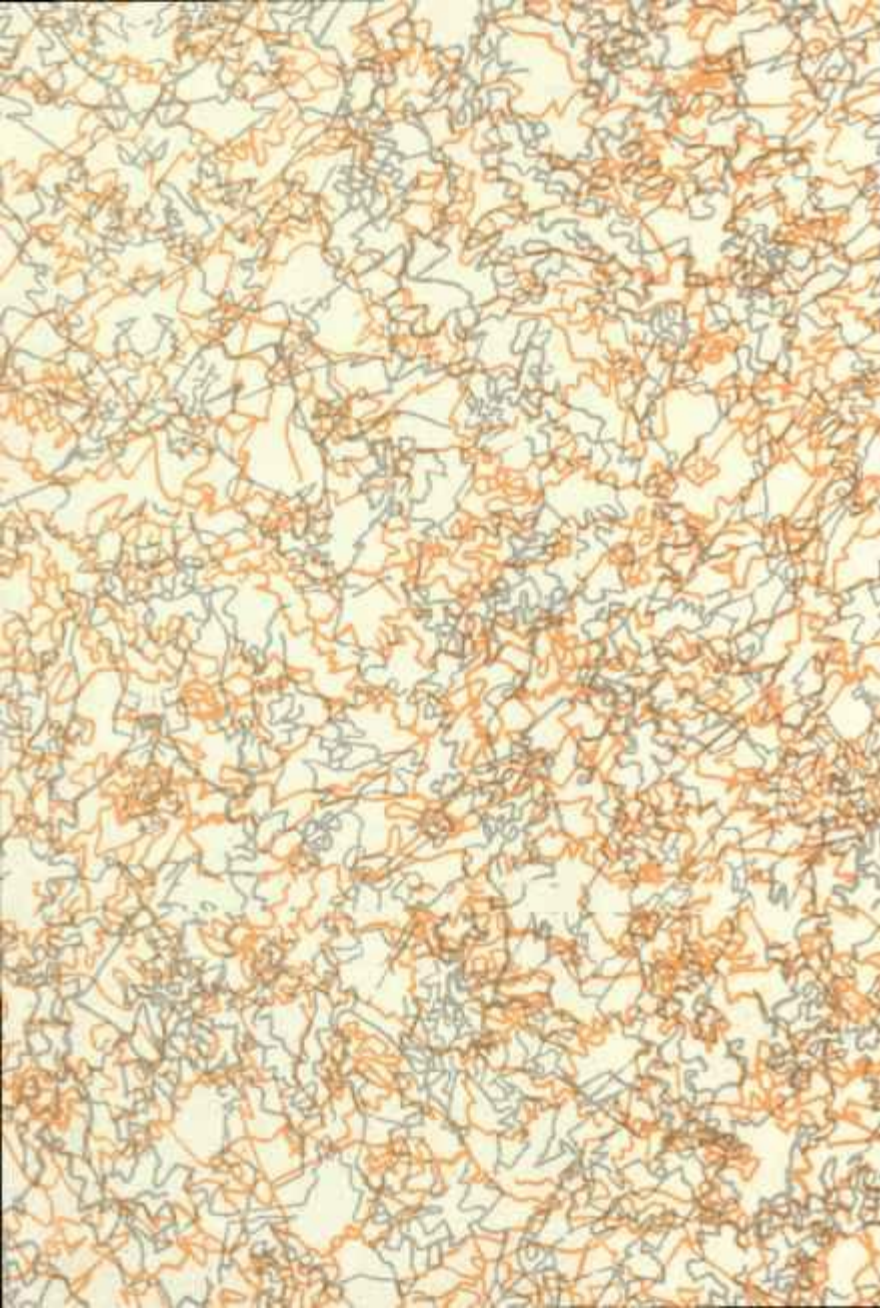




R. 99.561



NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

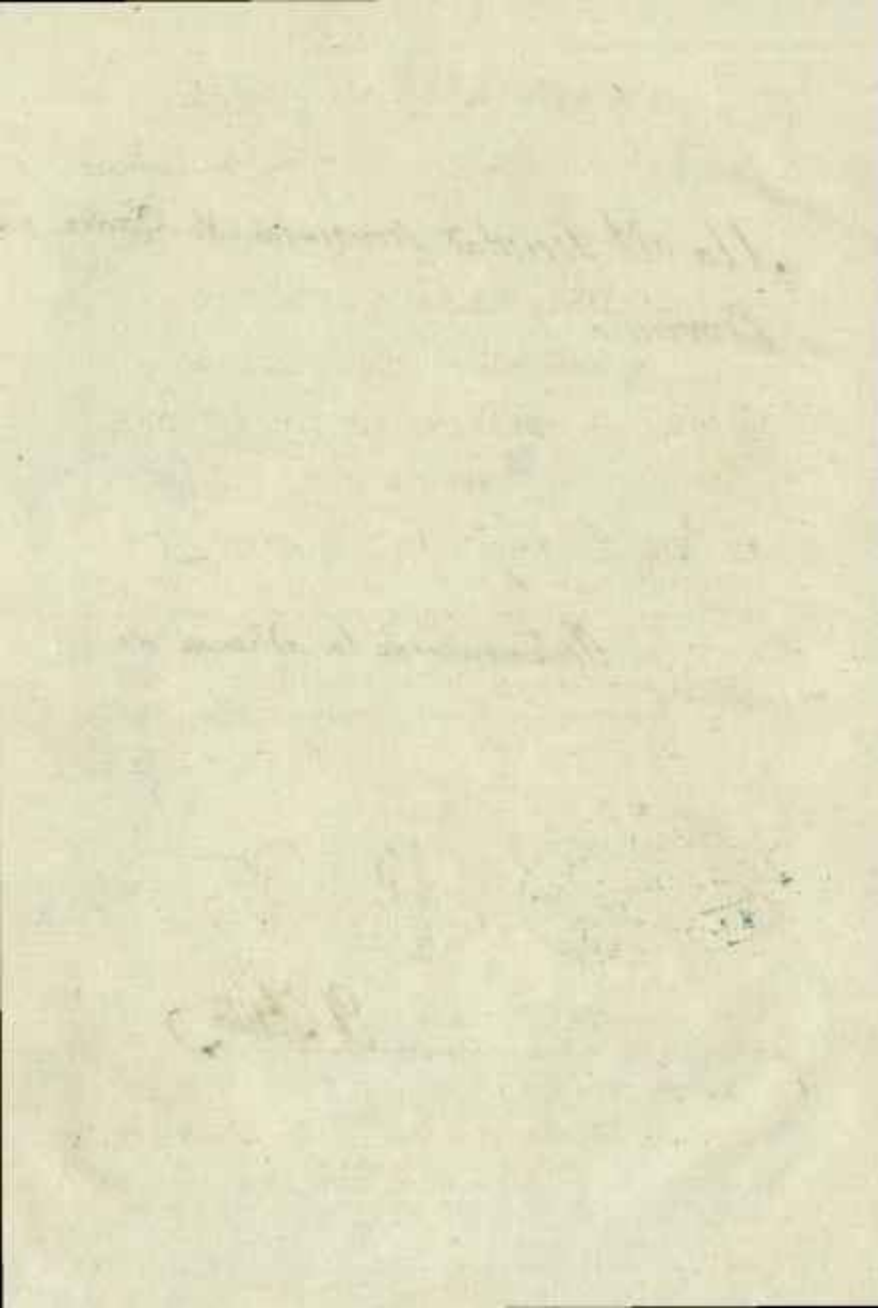




ORACION IN AUSTRIA
QUE EN ROMA PUBLICA EL PONTIFICADO
A la R. Sociedad Económica de Cádiz i su
Provincia

DEL REAL COLEGIO
DE AGRICULTURA Y GANADERIA DE CADIZ
PERA LA APERTURA DE LOS ESTUDIOS
DE AGRICULTURA Y GANADERIA
EN EL D. FRANCISCO YAVIER LASO,
Inspector de la Real Cofradía, primer catedrático
de agricultura y ganadería en el Real Colegio
de Agricultura y Ganadería de Cádiz, y
Sociedad Económica de amigos del país
de esta plaza.

El Autor



XV-8788

ORACION INAUGURAL
QUE EN SESION PÚBLICA EXTRAORDINARIA

CELEBRADA POR LA JUNTA ESCOLÁSTICA

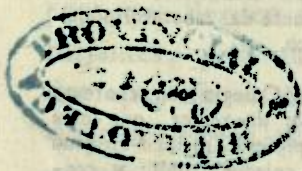
DEL REAL COLEGIO

DE MEDICINA Y CIRUJÍA DE CÁDIZ

PARA LA APERTURA DE LOS ESTUDIOS

PRONUNCIÓ

EL DR. D. FRANCISCO JAVIER LASO,
bibliotecario de dicho real Colegio, primer socio
de número fundador de la real Academia médi-
co-quirúrgica de esta ciudad, íntimo de la de Bar-
celona, corresponsal de las de Madrid, Murcia
y Marsella, y actual secretario de la real
Sociedad económica de amigos del país
de esta plaza.



CÁDIZ: AÑO DE 1828.

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE BOSCH.

Se hallará de venta en la librería de Hortal, plazuela
de S. Agustín.

INDIVIDUOS QUE COMPONEN LA JUNTA ESCOLASTICA DE ESTE REAL COLEGIO, CON EXPRESION DE LAS CLASES QUE DESEMPEÑAN.

Srs. Drs. D. Carlos Francisco Ameller, <i>director</i>	Medicina legal.
D. Manuel Padilla, <i>vice-director</i>	{ Medicina práctica y enfermedades de navegantes.
D. Diego Terreros.....	
.....	{ Patología general y aforismos.
.....	
.....	{ Arte obstetricia, enfermedades de mugeres y niños, y sífilíticas.
.....	
D. Francisco Flores Moreno.	Botánica.
D. Pedro María González...	Fisiología é Higiene.
.....	Química y materia médica.
.....	{ Geometría y Física experimental.
.....	
D. José Benjumeda.....	Anatomía.
D. Ignacio Ameller, <i>secretario</i>	{ Afectos externos y enfermedades de huesos.
.....	

Dr. D. Francisco Javier Laso...	Bibliotecario.
D. Francisco Solano Puga..	Disector anatómico.
D. Juan Nepomuceno Fernandez.....	{ Ayudante del laboratorio químico.
.....	

En la actualidad está dotado este Colegio con cuarenta plazas de alumnos internos, presididos por un rector, que lo es el Dr. D. Manuel José Porto, primer profesor médico-cirujano de la real armada, un vice-rector y un celador mayor; y concurre además un número indeterminado de alumnos externos, que disfrutan igualmente de toda la enseñanza de las ciencias médicas y de la práctica que ofrece el hospital militar, que le es anexo.

SEÑORES:



Hoy se abren nuevamente las puertas de este templo, depósito sagrado de la doctrina de tantos ilustres varones que, desde los Asclepiades hasta las célebres escuelas modernas, han trabajado en bien de la humanidad. Hoy, por la octogésima vez, se franquean los archivos en que se custodian respetuosamente los fastos de esta ciencia benéfica, y alentando el deseo de esa juventud numerosa que anhela iniciarse en sus misterios, se la empieza á imbuir en sus principios, para que lleguen algun día á ser útiles á sus semejantes, y á aumentar el crédito y el esplendor que dieron á esta escuela tantos hijos predilectos, cuyos nombres repetimos con gloria y envanecimiento.

La envidia vé con celo un acto tan grandioso, y clava en vano su enconoso diente en la cadena que la sujeta; y la ignorancia se conmueve, cuanto se lo permite su estupidez, al llegar á entender que dentro de este recinto no

será tolerado su imperio. La filosofía, hermana-da íntimamente con la medicina, su mejor é inseparable compañera, tiende á generalizar los progresos de los conocimientos humanos, y en val-de se la oponen mil obstáculos: ellas harán la dicha de nuestra especie.

La gloria de este feliz enlace es debida indisputablemente á aquel ilustre griego, heredero de la sabiduría de sus predecesores, que, convencido de la necesidad de elevarse al estudio de los principios constitutivos del universo para conocer bien la esencia de cada cuerpo en particular, hizo que entrase la enseñanza de la física general en la educacion del médico, y demostró al filósofo la precision de adquirir el conocimiento de estos para perfeccionarse en aquel. Este fué Hipócrates que, fortalecido con unas y otras nociones, concibió tan grande é importante idea, produciendo la revolucion mas feliz que ha cambiado la faz de la medicina, y mereciendo por ella la admiracion y el elogio de los mayores ingenios. ¿Quién mejor que él, dice Cabanis en su *Relacion de lo físico y moral del hombre* (tom. 1.º fol. 24), supo jamas aplicar á las diferentes partes de su arte estas reglas generales del raciocinio, esta sublime metafísica que abraza todas las artes y todas las ciencias?

No me propongo fundar la dignidad de la nuestra en la antigüedad de su origen: casi todas pretenden ennoblecer el suyo, buscándolo al traves de las sombras de los tiempos fabulosos. La historia no ha podido penetrar en ellos: así tenemos solo de los egipcios, griegos y tirios que divinizaban á los inventores de un hallazgo importante al bien de la humanidad, y que de esta elevacion cupo gran parte á los que enriquecieron alguno de los ramos de la medicina con sus descubrimientos. Parece que Esculapio fué el mas eminente entre todos; y casi vinculada en sus sucesores la posesion de los conocimientos que hasta entonces formaban un cuerpo regular de doctrina, la gozaron esclusivamente los Asclepiades por espacio de seiscientos años. Aquí empieza la era de Hipócrates, digno heredero y discípulo de tales progenitores, cuyo nombre invocan todos los médicos literatos, los profesores de todas las escuelas, y los jefes de todas las sectas para apoyar en su autoridad los nuevos sistemas con que se proponen enriquecer ó reformar la ciencia.

Al ver que el empírico, el dogmático, el metodista, el animista, el químico, el mecánico y el vitalista le citan con igual vehemencia y seguridad, se creyera que su doctrina no puede

ser otra cosa que un conjunto de principios versátiles y sin estabilidad, fáciles de interpretar en cualquier sentido, y peligrosos por el apoyo que pueden ofrecer á toda innovacion. No es así en verdad: la doctrina de Hipócrates es una, y de ningun modo susceptible de esas tergiversaciones: está tomada de la naturaleza, cuyas operaciones son constantes é inmutables, y de esta copió su diestro pincel los fenómenos de la salud y de las enfermedades. En sus cuadros exactísimos resaltan cuidadosamente los síntomas principales de estas y sus variaciones: de su multiplicidad, bien comparada, resulta su doctrina, y de esta la victoriosa conviccion de aquella marcha armoniosa que la naturaleza sigue, así como en la produccion de los séres, en los progresos y terminacion de las enfermedades. Bien sea que Hipócrates, ha dicho uno de sus ménos adictos (*Boerhawe. Oratio de commendando studio hyppocrático*), reanime los restos de una vida, próxima ya á extinguirse, ó bien que reprima los furores de una naturaleza que camina derecha á su exterminio; él sabe, desdeñando el explorar las causas ocultas, y ateniéndose solo á las que le son evidentes, elegir remedios en corto número, pero ciertos, comunes y apropiados al mal. Imitador de la naturaleza, prestándola socorros

oportunos, y no turbándola jamas con empresas temerarias, logra restituir la deseada salud.

Con la ruina de las repúblicas griegas, la medicina vino á sumergirse en las mismas tinieblas que las demas ciencias. Todo fué grande en el imperio romano: las artes, mas que todo el de la guerra, florecieron á porfía; pero el nuestro permaneció en la esclavitud, y reducido á un ciego empirismo. Sin embargo, Galeno, de eterno renombre, Celso, cuya elocuencia y depurado gusto le han alcanzado el epíteto de Ciceron de la medicina, y Plinio, con el dictado de pintor de la naturaleza, vindicaron la indiferencia de sus coetáneos, trasmitiéndonos en sus inmortales escritos lo mas selecto de la doctrina de sus respectivas épocas.

Para volver á hallar algo importante á los progresos de la ciencia, es necesario dejar en el silencio mas espantoso los ocho primeros siglos de la era cristiana. El Oriente nos ofrece ya en este tiempo algunas escuelas célebres, y gozando de una merecida reputacion ácia los años de 622. La historia nos trasmite con respeto los nombres de algunos califas que se declararon protectores de las ciencias y de las artes: el reynado de los Abásides fué glorioso para la medicina, y en el se echaron los fundamen-

tos de la revolucion que se preparaba en todos los conocimientos humanos, á la cual debe su cultura y superioridad la Europa toda. España fué el teatro afortunado en que se verificaron escenas tan importantes; y las famosas escuelas de Sevilla, Toledo y Córdoba, sirvieron de cuna á la instruccion general que se esparció de ellas á todas las naciones de este continente. Rhasis, Avicena, Averrhoes, Avenzoar, Albucasis, Hali-Habas, Mesues, fueron hombres famosos por sus escritos, y por un conjunto de virtudes, muy propias de aquellos tiempos heróicos en que la suma honradez y probidad eran los primeros elementos de las costumbres caballerescas. La medicina debe á los árabes mucho mas de lo que comunmente se piensa: ellos cultivaron sobre manera el estudio de los signos de las enfermedades, de que resultaron superiores en el arte de pronosticar. Ademas de sus obras originales, de que algunas han llegado á nuestros dias, tenian decidido gusto en vertir á su idioma las mas apreciabiles de las extranjeras. Freind cita cuarenta y seis traductores solo de escritos griegos.

Si la Europa dedujo tantos beneficios de la ocupacion de España por los árabes; ¿qué utilidad no reportarían los habitantes de esta hermosa region, dispuestos por su talento, por

su madurez, por su amor á los conocimientos útiles y por su interes mismo, á salir del estado de abatimiento á que los tenía reducidos el espíritu de obscuridad y de ignorancia, que los habia dominado por espacio de tantos siglos? Restituidos á su serenidad despues del espanto universal que causó la inundacion de los agarenos por casi toda la superficie de España, muy en breve desplegaron aquellos su gallardía y todas sus virtudes patrias, y empezó aquella lucha tan desigual que terminó con gloria nuestra á fines del siglo quince. Pero en tanto, esforzados en el combate, religiosos en la tregua, amigos en la alianza, se aprovecharon de las luces y de las costumbres de sus violentos huéspedes para perfeccionar las unas y reformar las otras, perpetuando entre nosotros el amor al estudio de las ciencias exactas y naturales, y el de las bellas letras en que tanto se distinguieron los árabes de aquellos tiempos.

De aquí ese conjunto innumerable de ilustres médicos españoles, cuyas obras bastarían solas á honrar una biblioteca escogida á pesar de la injusta censura de nuestros detractores. Citemos siquiera de tan gloriosa muchedumbre los nombres de los mas esclarecidos, y tributémosles al mismo tiempo el homenaje de una respetuosa veneracion. Tales sean á nuestro recuerdo

los sapientísimos Pintor, Torrella, Lobera, Almenar, Laguna, Esteve, Huarte, Collado, los Brabos, Mercado, Corellas, Valles, Lemos, Monardes, Ponce de Santa Cruz, Pereyra, Vega, Perez de Herrera, Caldera de Heredia, Servet, los Fonsecas, La-Serna, Valcarcel, Nuñez de Castro, Heredia, Enriquez de Villacosta, Reyes, Franco, Casal, Solano de Luque, Martinez, Suarez de Rivera, Piquer, Virey, Escobar, Amar, Borbon, &c.: y los insignes cirujanos Daza, Chacon, Alcázar, Hidalgo de Aguero, Lopez de Leon, Diaz, Torres, Nuñez, Montemayor, Arce, Robledo, Fragoso, Vidos, Calvo, Roda y otros infinitos, cuyas plumas han engrandecido nuestra literatura.

Entre los citados, Daza, Fragoso y Diaz, médicos y cirujanos muy distinguidos, sumamente apreciados de los augustos monarcas cuya salud celaban, emplearon todos sus esfuerzos é influjo para elevar las ciencias médicas al grado de esplendor y dignidad que merecían, especialmente la que tiene por mas señalado objeto el socorro de las enfermedades externas. Pero poco venturosos en sus solicitudes, frustradas las decididas intenciones de aquellos Soberanos por causas que no es del caso referir, una y otra detuvieron su vuelo hasta la mitad del siglo anterior en que apareció un genio benéfico, favo-

recido de la fortuna, á quien estaba reservada la gloria de esta regeneracion por medio del establecimiento de los Colejios.

Un nuevo reglamento que S. M. se ha servido aprobar en 30 de junio de 1827, ha cambiado totalmente de aspecto la enseñanza de la medicina: por él se prepara á esta ciencia y á sus profesores época mas venturosa. Enlazados íntimamente los estudios médico-quirúrgicos, quiere S. M. que los que se hallen condecorados con una y otra insignia, sean preferidos en la estimacion pública, y en el goze de los primeros destinos, así civiles como militares. Semejante prerogativa estaba ya concedida á esta escuela por la bondad de su augusto padre, como haré ver en breve; pero este rasgo de la vigilancia y proteccion que dispensa á las ciencias el señor D. Fernando 7.^o (Q. D. G.), excita mas nuestra gratitud, y redobra nuestro celo para seguir gozando de tan altas distinciones. Correspondiendo á la generosa liberalidad con que sus augustos abuelos los señores D. Fernando el 6.^o y D. Carlos 3.^o, de plácida memoria, han creado y sostenido este seminario, sus hijos procuraron en todo tiempo acreditar que eran sensibles á tantos beneficios. Si en este momento les exigimos una estrecha y severa cuenta de sus pro-

cederes ; ¡ cuánta gloria nos cabe en recordar el mérito literario de tantos ilustres caudillos, que debieron á este real Colejio su educacion facultativa, y que la fama ha dado á conocer en todos los ángulos de la tierra ! La mas sucinta relacion de sus fieles y honrosos servicios será, para la justicia de la generacion presente y venideras, un título de honor que envanecerá á los que tenemos la dicha de pertenecerles.

Yo, el ménos digno y el ménos apto, en un lugar desde el cual lábios muy elocuentes han realzado la ciencia con sus alocuciones, yo me impongo gustoso este grave cargo. Voy á compendiar los gloriosos hechos de algunos de sus campeones ; y este primer objeto de mi discurso engrandecerá, Señores, á vuestra consideracion los periodos de ella, por otra parte humildes. Al escuchar los alumnos la apología de acciones tan memorables, una noble emulacion escitará en ellos el deseo de imitarlas ; elegiré como segundo objeto un modelo de tantos, y este será su guia en la dificil senda que van á recorrer. ¡ Ojalá mis producciones sean libacion digna de tan respetables cenizas ! No turbe yo la paz en que descansan, sino para que llegue á ellos el acento de mi gratitud por el honor heredado de tales ascendientes. Dignaos escucharme.

PARTE PRIMERA.

La historia es la narracion fiel de los acontecimientos mas importantes de la vida humana: así la pluma que se dedica á exponerlos, debe estar exenta de todo género de pasiones, é inspirada solo por la verdad. En el carácter histórico que doy á la exposicion que voy á hacer, se hallarán estas condiciones. Los hechos que refiero están tomados de los documentos mas auténticos, ó deducidos de la tradicion mas notoria y bien contestada. Léjos de mí la adulacion ó la parcialidad: la simple relacion de los sucesos de sus vidas, basta á ensalzar debidamente á mis héroes. Paso pues á exponerlos.

Don Pedro Virgili, á quien con razon denominamos restaurador de la cirujía española, será en el orden cronológico, y en la línea de nuestra gratitud, el primer sugeto de nuestra contemplacion. No nació en esta provincia; pero Cádiz le debe sin duda una parte de su gloria, pues aquí vino á echar los cimientos de la que engrandece en el dia á la España en la parte literaria médica. Villalonga, en el principado de

Cataluña, fué la cuna de nuestro fundador, á principios del siglo pasado.

Habiendo hecho sus primeros estudios en el hospital de Tarragona, pasó á Francia, donde frecuentó los hospitales de Paris y Montpellier, sobresaliendo por su celo y habilidad en las áulas de anatomía. Regresado á España, se hizo admirar en dicha ciudad, en la de Valencia, en las campañas de Gibraltar, en Orán y en otras expediciones ultramarinas, en las cuáles se multiplicaron las ocasiones de que brillasen sus conocimientos y pericia en el arte de operar, adquiriendo un renombre extraordinario.

Era poco á su genio circunscribir á sí mismo las ventajas que le daban su disposicion y sus luces; y viendo abatida la cirugía en su patria, contemplando que esta ciencia que en siglos anteriores había sido ejercida por varones esclarecidos, adorada como deidad por los gentiles, honrada en su práctica por las mãos del mismo Dios hecho hombre, era, en el que vivía, mal desempeñada por groseros empíricos, por hombres sin estudios ni talentos, el mayor número extrangeros en mengua de sus compatricios; proyectó su restauracion, concibió un vasto plan de reforma, y fué á los pies del Monarca á pedir por único premio de sus dis-

tinguidos méritos, la creacion de una escuela en que se enseñase digna y debidamente la ciencia de la vida. Acto del mas generoso desprendimiento... ¡Ó Virgili!... este solo bastaría á tejer la corona inmarcesible que tan merecidamente ciñe tus siénes. No implora la clemencia del generoso Fernando 6.^o para que remunere sus señalados servicios; no quiere para sí premios ni distinciones. Todo lo quiere para la ciencia, todo para la humanidad.

Á su voz se presta gustoso el ilustre caudillo, y expide la cédula de ereccion de este real Colejio, que obtuvo firmada el 11 de noviembre de 1748, mandando se ábran las cajas de su real tesoro para que se ejecute el plan de Virgili. Vuela este á Cádiz; se plantea y eleva el edificio, y al paso que atiende á su construccion material, acoge la juventud que aspira á la gloria de la prioridad, atrae con premios sábios profesores á quienes confiar la enseñanza, erige un gabinete de física, crea un arsenal de instrumentos, y enlaza con el estudio de la medicina el de las ciencias exactas, conformándose y realizando aquel bello designio de Hipócrates que enuncié al principio de mi oracion.

• Virgili fué en el teatro de las operaciones un genio semejante al que nos dicen de

Desault, y aun superior á Desault. Enriquecido con todas las reglas que poseía entonces la práctica de la cirugía, el corregía y modificaba ingeniosamente los procedimientos según el estado particular que le ofrecía el enfermo á quien estaba operando. Este tan singular dominio fué el que produjo aquel caso asombroso de la traqueotomía, verificado en este real hospital, que repitieron con elogio los diarios extrangeros, aplaudiendo su intrepidez, y mereciendo por él el título de sócio de la real Academia de cirugía de Paris.

Consolidado ya este seminario, y marchando por la noble senda que él le había trazado, conoció que el número de alumnos que se educaban en él, no era suficiente para proveer al servicio militar marítimo en sus numerosas escuadras, en sus establecimientos de ultramar y en los destinos de los ejércitos y plazas; y como su anhelo se dirigía á sacar al arte quirúrgico del vergonzoso estado en que se hallaba, concibió el proyecto de establecer otro seminario para su perfecta enseñanza. Confiado en las bondades que tanto realzaban el corazón magnánimo del gran Carlos 3.^o, no dudó un momento el impetrar los auxilios de su munificencia; y rivalizando este monarca, si se me

permite esta expresion, con la piedad de su augusto hermano, ordenó la creacion de otro suntoso colejio en Barcelona en el año de 1760, confiando al mismo Virgili su ejecucion.

¡Qué conjunto de satisfacciones para el corazon de nuestro fundador y maestro! Mil honras dispensadas por los dos ilustres monarcas remuneraron bien tantos afanes. Fernando y Carlos depositaron en su sabiduría el grave cargo de la conservacion de sus preciosas vidas, y cuando obedeciendo á la irrevocable lei de la destruccion, debió morir el primero, Virgili recogió sus últimos suspiros, y hasta en aquel acto las pruebas mas constantes de su amor y de su confianza. (*Oracion fúnebre de D. Pedro Virgili por D. Lorenzo Nueve Iglesias. Año de 1776.*) Bendigamos pues la memoria de estos piamientos bienhechores, y llevemos á la posteridad de unos en otros la gloria del ilustre fundador, envaneciéndonos en ella, pues que indisputablemente nos pertenece.

Si examinamos algo detenidamente los efectos de las instituciones que ofreció Virgili para este establecimiento literario, veremos que desde los primeros años se empezó á recojer por ellas los mas sazonados frutos. Cuatro eran cumplidos de su creacion, cuando se notaron descollar cier-

tos discípulos por sus luces y aprovechamiento. No se desatendió esta ocasion oportuna para utilizar semilla tan escogida, que, á su vez, perpetuaría aquel caracter de sublimidad y excelencia que, en verdad, no ha desmentido la succion de casi un siglo. El jefe de esta escuela, incansable en las vias de la justicia y de la bondad, clamó de nuevo al generoso Soberano, en quien abundaban las mismas sublimes cualidades: le señaló como distinguidos alumnos á Don Jesé Bejar, D. José Selvarresa y D. José Nájera, los cuales merecieron de su munificencia ser pensionados para continuar y perfeccionarse en los estudios en las célebres universidades de Leiden y Bolonia. No se limitó á solo esto la liberalidad del señor D. Fernando el 6.º, pues ordenó pasasen á Paris con iguales auxilios y objeto otros ocho alumnos sobresalientes, mereciendo ser señalados Ruiz, Toribo, Navarro, Cárdenas, Muela, Manresa, Gamez y Lubet. Los mas de estos volvieron enriquecidos de nuevas ideas á rejentar cátedras que fueron vacando sucesivamente en esta escuela.

Bejar, á quien el génio parece le inclinaba al ejercicio de la medicina operatoria, nos dejó un documento (*Oracion inaugural leida en el año de 1767.*) de su depurado gusto ácia este

ramo de la ciencia. Es curiosa la investigacion de que se ocupó acerca de los primeros inventores de muchos procedimientos quirúrgicos; y remontándose á la primitiva era del arte, se dedicó á examinar y exponer la parte de gloria que corresponde á Hipócrates por la perfeccion que impuso á algunos de aquellos. Comprueba estas ideas con la cita y explicacion de muchos de sus aforismos que el anciano de Cos insertó en sus libros sobre esta materia.

¿Cuántos de los presentes, así de esa respetable Junta escolástica, como de los moradores de esta heroica ciudad que me honran con su atencion, habrán conocido personalmente al tan sabio como modesto D. José Selvarresa, y sabido apreciar y admirar sus relevantes virtudes? Discípulos de tan esclarecido maestro: ¿no sentis palpar vuestros corazones al escuchar su nombre, agitados por la gratitud que en ellos grabó el esmero de vuestra enseñanza, por los esfuerzos incesantes con que la perfeccionó, por los afanes con que promovió la mejora de las instituciones de esta real Casa, en una palabra, por el amor de padre que profesaba á todos y cada uno de sus alumnos? Si: yo le ví, cuando la impotencia que acarrea la larga vida señalada al varon virtuoso, apenas le permitía ale-

jarse de su casa, agobiada la cabeza al peso de los años que agravaba el de tan largas y continuas tareas literarias; yo le vi venir alguna vez á regocijarse en este recinto con la vista de sus nietezuelos, á excitar su energía moral con las salidas que ofrece una fogosa juventud, á explorar por cáutas preguntas los adelantos de los estudiantes que le escuchaban, rodeándole con el respeto debido á tan ilustre Nestor.

Selvarresa perfeccionó y aumentó las nociones que había adquirido en este seminario en las célebres escuelas de Leiden y de Bolonia, en donde recibió las insignias del doctorado. Gaudio, Dehaen y Haller, esos campeones de aquella era, fueron sus caudillos en la nueva carrera literaria que allí emprendió.

Regresado á esta ciudad, le fué asignada la cátedra de química, y elejido despues para desempeñar la plaza de médico del departamento, cuando aun existía la fatal division que tanto ha entorpecido los progresos de la ciencia médica, única é indivisible. Restituido al seno de esta Junta escolástica, se le encargó el majisterio de la medicina práctica, en cuyas lecciones sobresalió, adquiriendo una fama aun perdurable. No había un tratado elemental para la enseñan-

za de esta clase importantísima, y el redactó el que sirvió de texto hasta que por real orden se adoptó en todas las universidades y colejos del reyno el de los *Elementos de medicina práctica* del profesor de Edimburgo, traducidos á nuestro idioma y enriquecidos con ilustraciones por el erudito D. Bartolomé Pinera, actual médico de cámara de la majestad del señor D. Fernando 7.^o

No es esta la única produccion que el Dr. Selvarresa nos ha dejado para aprecio de sus prendas literarias. Cuando en el año de 1764 se presentó por primera vez en este suelo, entonces lisonjeado por todos los halagos de la fortuna, la mortifera fiebre amarilla, formó una exposicion latina acerca de este afecto, que fué consultada y seguida de los prácticos, y que mereció igual aprecio y celebridad de parte de algunos profesores extrangeros que la solicitaron. Hay tambien un *Recetario manual* impreso, que dedicó á los de la real armada, el cual les sirvió de fácil y económica guía, para disponer en las navegaciones y hospitales las medicinas que la indicacion de los males les señalaba.

Siguiendo las huellas de la observacion que el médico de Cos y los juiciosos de todas las edades y naciones nos han trazado para asegu-

rar el acierto en la práctica y la estabilidad en las doctrinas, llevaba diariamente notas exactas deducidas á la cabecera de los enfermos, cuyas historias y otras varias producciones inéditas atestiguan cuanto era su anhelo por la perfeccion y engrandecimiento de esta ciencia, que hacía el deleite de su vida. El inculcaba repetidamente á sus discípulos esta máxima derivada de aquel principio: "conoced íntimamente la constitucion individual del enfermo que tengais á la vista, para aprovechar la ocasion favorable de obrar" (*Oracion inaugural para el año de 1768*).

Comisionado por S. M. el señor D. Carlos 4.^o para reformar las constituciones que regían á este colejo, y adecuarlas á los adelantos progresivos que habian hecho las ciencias, formó y presentó á la sancion soberana las ordenanzas que en la actualidad nos rijen, y que fueron aprobadas por real órden del 13 de noviembre de 1791. Ellas son un monumento eterno de su sabiduría, una prueba de su amor á este cuerpo, y una demostracion de la confianza con que el monarca le favorecía. Elevado por ellas este seminario á un punto de dignidad que constituye á sus alumnos perfectos médicos y cirujanos; marcados con exactitud y responsabilidad los deberes de todos, desde el alumno al

jefe superior, atendidos los profesores en la escala de sus ascensos, determinados los premios y jubilaciones correspondientes á cada clase de servicio; há presentado este establecimiento el cuadro mas interesante entre todos sus iguales en los dominios españoles, demostrando ejemplarmente cuanto pueden las buenas instituciones para asegurar la estabilidad de aquellos. Indiferente en la marcha de sus ejercicios escolásticos á todos los sucesos políticos, apenas se ha interrumpido la enseñanza en este: constante solicitud para obtener sus plazas, incansable asiduidad de los maestros al desempeño de sus deberes, cuantiosa é instructiva práctica en medicina y cirugía. La emulacion haciendo rivalizar á porfia alumnos con alumnos, cursos con cursos; premios constantemente dispensados á los sobresalientes de cada año; las máximas mas recomendables inculcadas en los adeptas, así para el gobierno de la vida facultativa como de la civil... De aquí sin duda el copioso raudal de jóvenes afortunados que, extendiendo el crédito de este Colejio, han ido á derramar los beneficios de tan selecta educacion por las cuatro partes del mundo, ya en el servicio de la marina real, ya en el de los ejércitos, hospitales &c. De aquí la merecida preferencia que han tenido en sus

destinos.... de aquí, tal vez.... la rivalidad, el celo, y aun las persecuciones con que han acibarado nuestros corazones el genio de la discordia y el de la parcialidad.

Nájera, compañero de los precedentes en las mismas escuelas, pareció distinguirse mas en la práctica de la medicina externa. Al ménos, la tradicion nos ha perpetuado algunos hechos originales, que atestiguan su genio inventor, por el cual se multiplicaban los auxilios quirúrgicos entre sus hábiles mãos.

D. Vicente Lubet, pensionado por S. M. para adquirir nuevos adelantos en las escuelas de Francia, demostró muy luego que su inclinacion favorita era el estudio de la anatomía. Allí, en los anfiteatros en que se formaron los célebres Winslow, Lieutaud y Portal, y los modernos Lassus, Bichat, el inmortal Bichat, y Boyer; allí nuestro Lubet adiestró su escalpel anatómico, allí amplió sus conocimientos en las anatomías normal y patológica, y adquirió aquella facilidad para las demostraciones que, unida á su natural facundia, le alcanzaron el aplauso de cuantos escucharon sus lecciones. ¡ Qué de veces la exposicion de un objeto, al parecer frívolo, le ocupaba horas enteras, presentándolo siempre con una novedad que le hacía mas y mas interesan-

te. Sus méritos le elevaron á la dignidad de cirujano mayor de la real armada, y á la de médico honorario de cámara de S. M.

¿Qué pluma bastaría á describir, ni que tiempo á enumerar las eminentes cualidades que nos hacen admirar la vida del Dr. D. José Celestino Mutis, hijo de esta ciudad, cuyas glorias aumenta, y alumno de este real Colejio que se honra con pertenencia tan envidiada y casi disputada? Las ciencias, la patria y la virtud perdieron en él uno de sus mejores apoyos; pero juzgado por la época que lo gozó y por las venideras, su nombre será inmortal, como los objetos que hicieron su incesante ocupacion.

Cádiz fué su cuna en abril de 1732; y luego que salió de la infancia, se le conoció una pasion extrema ácia el retiro y el estudio. El de las humanidades, filosofia, y aun sagrada teología le ocuparon con aprovechamiento: pero declarado su gusto por el de la ciencia de Esculapio, entró en este real Colegio con plaza de alumno interno en el año de 1749. Concluidos sus estudios, pasó á Sevilla en cuya universidad recibió los grados correspondientes.

Mutis era uno de aquellos discípulos privilegiados por sus relevantes méritos, que debía pasar á ampliar sus conocimientos en las univer-

sidades extranjeras: mas detenido en Madrid por la vacante de una cátedra de anatomía, fué encargado de su desempeño.

Este mundo conocido era poco objeto para que Mutis satisficiera sus deseos de explorar los arcanos de la naturaleza, cuyo estudio fué siempre su pasión dominante. Se le propone pasar á América en calidad de médico del excelentísimo señor D. Pedro Mesía de la Cerda, electo virrey de una de las colonias, y pudiendo en él aquellas imágenes, risueñas y lisonjeras para su afición, mas que la grandeza y las pompas de las cortes de Europa, resuelve su viaje. "Las selvas de la América, decía, la soberbia vegetación de los trópicos y del ecuador; la obscuridad y la ignorancia de las ricas producciones del nuevo continente, me ofrecerán objetos nuevos de contemplación. Aquel mundo visitado rápidamente por muy pocos botánicos, yace aun desconocido; sus riquezas son inmensas, yo haré partícipes á los europeos de los conocimientos que adquiriera: las ciencias naturales ganarán inmensos descubrimientos; mi patria un honor indisputable." Con tan nobles designios partió para Cartagena de Indias, y su arribo á aquel continente fué el presagio feliz de una nueva revolución en las ciencias útiles, y la aurora de una

carrera brillante para una numerosa juventud, que á poco le rodeó para escuchar sus lecciones y aprovecharse de sus importantes descubrimientos. Alternando en el noble ejercicio de asistir y consolar á los enfermos, y el del estudio de su amada botánica, examinó toda la vejetacion de la Nueva-Granada, y aun herborizó sobre la cima de los Andes.

Parece que el progreso de la edad le daba nuevos incentivos para dedicarse con mayor ardor al estudio, léjos de debilitarlo. Sin relajar su atencion de las predichas tareas, se hizo cargo de la enseñanza de las matemáticas y astronomía en el Colejio mayor de aquella ciudad: entabló correspondencia con el inmortal Linneo y otros naturalistas de Europa, y difundida por estos la fama de sus superiores luces, las academias y universidades de esta parte mas culta del mundo se apresuraron á solicitar sus relaciones, honrándose con el título de tal correspondiente. No se repate jactanciosa esta expresion: Linneo ha escrito citando á Mutis: *nomen immortale quod nulla ætas nunquam delebit*. Y nuestro Cavanilles: *in honorem sapientissimi viri Josephi Cestini Mutis, qui jure merito botanicorum in America princeps salutatur, debetque etiam inter primates europeos collocari*. El baron de Humboldt

y Aimé Boupland, ilustres viajeros naturalistas que han visitado aquellas regiones y tuvieron la dicha de tratarle, como un tributo de su admiracion y respeto ácia un sabio tan consumado, hicieron estampar su retrato en Paris, orlado con la planta *mutitia*, de su nombre, y otra de su invencion, y coronado con el emblema de la inmortalidad.

Para vivir Mutis con mas independencia de las trabas de la vida social, quiso unirse mas estrechamente con aquel divino autor, cuyas obras admiraba, y cuyos arcanos se proponía escudriñar; y á este fin se revistió del orden sacerdotal en 1772, quedando hecho desde aquel momento, segun la exacta expresion de un discípulo suyo, un verdadero sacerdote de Dios y de la naturaleza, un modelo de virtud y de sabiduría. Así el señor D. Carlos 3.^o, á cuya augusta penetracion no eran desconocidos los hombres de verdadero mérito, le confirió la direccion de aquella famosa expedicion botánica y de ciencias naturales, hecha en el reino de Santa-Fe de Bogotá, de cuyos cuantiosos gastos y apreciabilísimos trabajos que debieran refluir en pró y gloria de la nacion española, casi no hemos sacado fruto alguno. Despues de haber formado los artistas que le eran necesarios para este viage científico,

colectó innumerables plantas, las cuales hizo dibujar en grandiosas estampas que excitán la admiración de los sábios de Europa, comparándolas á las del célebre Smith.

Fruto de treinta y ocho años de este asiduo trabajo fueron muchas obras inéditas, de que se dieron algunas ligeras reseñas en el diario de aquella capital, y cuyos manuscritos se conservan en la biblioteca del real jardín botánico de Madrid. La decidida protección que S. M. el señor D. Fernando 7.^o dispensa á las artes, á las ciencias y á todos los objetos de nuestra industria, las va á sacar del vergonzoso olvido en que yacían, haciendo comun esta riqueza, y satisfaciendo la curiosidad de muchos sábios extrangeros que en sus obras nos acusan de esta falta. El bien conocido botánico y mi especial amigo D. José Pavon, uno de los viajeros de otra expedición no ménos célebre, como igualmente esteril, hecha al reino del Perú, está encargado por real órden de revisar y coordinar aquellas inestimables producciones, y prepararlas para la prensa. La que tituló el Arcano de la quina, ó sea la *Historia de los árboles de la quina*, acaba de publicarse en Madrid por el celo del doctor D. Manuel Hernandez de Gregorio, conocido ya en la república literaria por vários escri-

tos originales y muy meritorios. Sin embargo de ser la quina el objeto de su estudio favorito, no desatendió el de los demas vejetales indígenas de aquellos climas, como acreditan sus manuscritos acerca de estos séres, sobre la meteorologia y minas, y un herbario que ascendía en su muerte á mas de veinte mil plantas. Dejó á aquella universidad mas de cinco mil estampas de plantas americanas, un semillero, una coleccion de maderas, de conchas, minerales, pieles y muchos cuadros al óleo que representan al natural y con sus propios colores los animales de aquellos países que, en el cotejo de la escala de la historia natural, eran dignos de señalarles una colocacion. Poco ántes de su fallecimiento, se acabó de construir un bello observatorio astronómico, erijido bajo su direccion en consecuencia de reales órdenes, y dotado de los mas espléndidos instrumentos.

Tal es en breve compendio la vida literaria del ilustre Mutis, honor de Cádiz, gloria de España, admiracion del orbe y ornato de esta escuela. Gaditanos y concólegas de Mutis: ¿por qué no se ha de perpetuar la memoria de este grande hombre, consagrándole un tributo público de nuestro aprecio? ¿Por qué no dejar á nuestros hijos y sucesores, con el signo de nues-

tra reverencia, un modelo de tantas virtudes dignas de ser imitadas? Cádiz ha distinguido á ciertos de sus hijos, porque se han señalado por sus prendas literarias, como los Balbos y Columellas, por las civiles y militares como los Menachos, por las religiosas, como los PP. Cádiz... Y qué?... el ejemplar sacerdote, el sabio naturalista, el profundo médico, el acertado escritor D. José Celestino Mutis; ¿no es acreedor á ser colocado entre aquellos? Ah! No defraudemos á esta heroica ciudad de tan honrosa posesion, ni obscurezcamos injustamente el mérito de tal compatriocio.

En el año de 1754, derramando S. M. gracias inagotables sobre los alumnos de esta escuela, volvió á señalar pension para otros seis escogidos que pasasen á Paris á enriquecerse con nuevos conocimientos; y lo fueron Ramonell, Balmaña, Raynaud, Pruna, Aloy y Guiamet, dedicando especialmente dos para el estudio de las enfermedades de los ojos y tratamiento de las hernias. Ya he hecho ver que para resultar consumado en los estudios médicos, é inspirado de un genio solícito é investigador, elevarse á la cumbre de la sabiduría, no era indispensable ir á beber en otras fuentes que las pátrias. El ejemplo de nuestro Mutis lo acaba de

acreditar, y voy á esforzar la prueba, recordando, señores, á vuestra memoria y á vuestra gratitud al célebre profesor y catedrático D. Francisco Villaverde. He pronunciado su nombre y creo ya hecha su apología.

No me es posible enumerar los importantísimos servicios que hizo como profesor militar en bajeles y hospitales, ni tampoco, segun el justo y elevado concepto que disfrutó, como acertado práctico en el arte de operar. Yo voy á juzgarlo como literato, como escritor público, que sujeta mas á la severa censura de todo lector el temple de sus talentos. Voy á echar una rápida ojeada analítica sobre su tratado de *Operaciones de cirugía*, que aun sirve de texto á nuestra enseñanza, y cuya primera edicion publicó de concierto con D. Diego Velasco, su coetáneo.

Esta es una obra que sino aspira á la inmortalidad, porque pocas producciones del entendimiento humano la alcanzan, si versan sobre objetos de ciencias naturales, al ménos es digna de una justa celebridad. No diré yo que los sábios elementos de cirugía que en ella se contienen, sean una obra completa del arte; pero si que compendian lo mas selecto de la doctrina conocida hasta entonces, y que ponen al es-

tudiante en camino para manejar con destreza otras mas perfeccionadas por los extraordinarios progresos que ha hecho la ciencia despues de su publicacion. Tambien me atrevo á asegurar que ninguna la igualaría de cuantas estaban en uso entonces para la enseñanza dentro y fuera del reino, y que por mucho tiempo no pudo presentar otra nacion alguna un compendio mas metódico, mas claro, ni escrito con mas elocuencia. Esta superioridad la gozó sin duda hasta entrado el siglo presente, en que Benjamin Bell en Inglaterra, y Anthelmo Richerand en Francia, publicaron aquel su *Sistema completo de cirujía*, y este su *Nosografia quirúrgica*.

Todo, en la de Villaverde, está tratado con aquella maestría que le distinguió en sus procedimientos, y expuesto con la elocuencia que le fué propia. Su teoría sobre la inflamacion, sobre este elemento tan necesario á la marcha, y aun al buen éxito de los afectos quirúrgicos como la calentura al de los médicos ú internos, es ciertamente un objeto digno del médico fisiólogo de nuestros dias; pues aunque parece propender algo al sistema mecánico, se vé no obstante apoyada en el debido aprecio de las fuerzas vitales, ó segun el lenguaje del dia, en la mas exacta aplicacion de los principios fisiológicos.

¡Qué raudal de doctrina para dar á conocer debidamente los afectos que sufre el sistema linfático; como objetos de la cirugía! ¡Qué lecciones tan instructivas las que versan sobre las enfermedades calcúlosas! Individualizando uno por uno los métodos conocidos de practicar la litotomía, con la mayor claridad y exactitud, expone la modificacion adoptada por el cirujano mayor de la real armada, D. Francisco Canivell, otro de los ornamentos de esta real casa, de quien haré tambien mencion muy honorífica.

Pero aquel que desee hallar el mas recto raciocinio en la investigacion de la verdad, la compasion y el interes por cercenar los tormentos que oprimen al género humano, en contraste con la entereza y decision por salvarle en el peligro: el que ame complacerse en la lectura de un trozo de elocuencia, donde compite el buen gusto con la mas completa erudicion y criterio; que abra y lea el capítulo en que nuestro autor ventila la cuestion, quizas controvertible ahora mismo, de las ventajas de la sinfisiotomía ó seccion de los cartílagos que unen entre sí los huesos pubis, ó de la operacion cesárea, recomendadas para consumir el parto que no puede verificarse naturalmente por vicios de organizacion de parte de la madre,

del feto, ó de ámbos á la vez. ¡Qué interesantes consideraciones acerca del riesgo que corre una que va á ser madre por un tránsito horroroso, ó que no llegará á serlo y cesará de existir entre los tormentos de una operacion espantosa! ¡Qué miras tan delicadas y tan tiernas á favor de aquellos séres no-natos, pero que el voto de la naturaleza, el grito de la conciencia y el interes del estado nos ordenan conservar! ¡Situacion sobre todas las en que se halla el profesor, digna de ser maduramente determinada, y en cuya resolucion es á mis ojos un semidios! ¡Oh! sea siempre el acierto su premio, y conozcan los mortales todo el precio de este sacrificio!

Con igual tino y precisión trata las enfermedades de los ojos en los delicados métodos con que se las combate; las afecciones cerebrales, objetos importantes de la cirujia sublime, y que exigen el mas profundo estudio, la práctica mas acendrada para proferir y obrar con acierto; las del sistema arterial, cuya lesion, constituyendo el aneurisma, ha puesto en rivalidad dos naciones vecinas para aventajar los límites del arte de operar; y por último, las muy graves de las extremidades superiores é inferiores que armando el brazo del médico operador,

le precisan á separar un miembro para conservar el todo.

Aunque diestro y afortunado operador, y por tanto lisonjeado con lo mas alhagüeño á que aspira el hombre pundonoroso, recomendaba sin embargo á sus discípulos que economizasen las operaciones, rechazando la presuncion con que seduce y engrie el áura popular por actos tan imponentes. Les ponía á la vista (*Oracion inaugural para el año de 1770.*) las graves obligaciones con que está pensionado el ministerio del médico; las leyes, asi divinas como civiles, que nos ligán á su ejercicio, y les advertía al mismo tiempo las de obediencia, honor y respeto que obligan para con el médico al què recibe tan inmensos beneficios. ¡Qué mella hacían en su sensible corazon los fallos injustos conque el vulgo denigra la opinion del profesor, tal vez en aquel acto que debiera excitar mas su reconocimiento! ¡Cuánta era su oposicion á los pseudosábios, medicastros y charlatanes!

Sin eclipsar la brillante luz de Villaverde, otros dos astros resplandecen al mismo tiempo en Velasco y Gimbernat. Desde su ingreso en este aula, de la que salieron pensionados para las de Francia, se distingue el primero por los ensayos literarios que anuncian lo que llegaría á

brillar algun dia: su decision y ventura en el tratamiento de las enfermedades quirúrgicas, presajian ya un genio en el segundo. Aquel publica con Villaverde la primera edicion del *Tratado de operaciones*; este se señala é inmortaliza por su opúsculo sobre un nuevo método de operar la hernia crural. Velasco acredita su vasta literatura por la publicacion de un discurso pronunciado en la renovacion de estudios del real Colejio de Barcelona en el año de 1771, ofreciendo el cuadro mas interesante de un conjunto de beneméritos catalanes, gloriosos por sus proezas en las ciencias y en las artes, entre los cuales enumera al ilustre botánico Quer, al insigne anatómico Luis Vas, y al no ménos célebre Arnaldo de Villanueva, cuyo origen nos disputa la Francia. Gimbernát abre un nuevo campo para el estudio de las hernias: hace conocer la lijereza y los errores con que se habian examinado hasta entonces los anillos de las paredes abdominales, y tomando por tipo el crural, describe su anatomía quirúrgica, diferente de la normal, para conocer debidamente el mecanismo en la produccion de las hernias, y el que, en contrasentido, debe seguirse en la reduccion de las partes que la forman, segun la varia direccion de sus conductos. Reconocidas estas verda-

des proferidas en el año de 1788, se emprende de nuevo el estudio é investigacion de estas partes importantísimas, y queda inmortalizado este hallazgo por los profesores extrangeros, cuyas obras sobre estos afectos repiten las voces de *anillo de Gimbernat*, *método de Gimbernat* (Sabatier. *Medecine operatoire. t.º 3.º fol. 579 y 597.*) La moderacion española no se envanece tan fácilmente por sus inventos, y acaso Gimbernat pasaría solo por un hombre aplicado, sin el realce que le dan tales recomendaciones. Igual fué tambien la suerte de los descubrimientos de nuestro insigne Solano de Luque.

Los dos sugetos cuyo mérito bosquejo, fueron señalados por el fundador Virgili para contribuir á cimentar la educacion facultativa en el Colejio de Barcelona. La eminente disposicion de Gimbernat para la medicina operatoria, le hizo ser preferido para la cátedra de esta. La anatomía, esa parte geográfica que señala al operador los caminos á veces ocultos é invisibles que debe recorrer, era en la clase de estudios preparatorios para la práctica el que mas le ocupaba. " Si cotejais el de la anatomía con el de las demas ciencias, repetia á sus discípulos, le hallareis superior á todas.... Frecuentad los anfiteatros y hospitales, pues en ellos, conociendo

perfectamente al hombre y contemplando su artificiosísima fábrica, la admirable figura y disposicion de sus partes, conoceréis igualmente al mismo Dios todopoderoso, y deplorareis los errores de los ateos é idólatras.... Sea pues la anatomía vuestro primero y principal estudio, porque ella conduce al vasto campo de la cirugía, en el cual, si poseéis bien sus principios, no sereis tímidos en lo seguro, ni atrevidos y temerarios en lo peligroso. (*Oracion inaugural para el año de 1773.*)”

Gimbernat, digno de ser elevado á las primeras dignidades de la profesion, fué llamado á la corte para encargarse de la direccion del real Colejio de S. Cárlos, y de la conservacion de la salud del señor D. Cárlos 4.^o en calidad de primer cirujano de su real cámara.

D. Antonio Fernandez Solano, natural de Montilla, de la patria de aquel ilustre Solano de Luque, cuya doctrina y conocimientos esfigmicos han admirado tanto á la Europa, es otro de los alumnos predilectos de esta real casa, cuya carrera literaria fué una sucesion de laureles adquiridos, no solo en la ciencia médica, sino en las accesorias. Yo no puedo presentar un débil bosquejo del cuadro interesante de su vida, sin tomarlo desde su admision, pues nada hay indiferente en ella. Entró en el año de 1763,

y se distinguió desde luego por una aplicacion inimitable: en el cuarto año de sus estudios se halló vacante la cátedra de física experimental; y ¿cuáles serian sus conocimientos en este ramo, cuanta la confianza cifrada en sus talentos, cuando mereció que la Junta escolástica le encargase de su desempeño, elevando de este modo al discípulo á la gerarquía de maestro, y dando un ejemplo asombroso de equidad y de modestia. Dificil es calificar cual de estos actos sea mas digno de nuestro aplauso.

Concluye el jóven Solano el tiempo prescripto para su instruccion médica, y noticioso de hallarse vacante la misma cátedra en el colegio de S. Isidro de Madrid, vuela á la corte, á pesar de una salud deteriorada por el incesante estudio. Teme por su estado, incierto del lucido desempeño á que anhelaba; firma la oposicion, y entre las angustias de su enfermedad, se presenta en el teatro, descuella sobre sus contrincantes, y arrebató la corona destinada al vencedor. No basta esto á su gloria: Minerva quiere que brille aun mas su esclarecido favorito, y quiere que sea rivalizando con un extranjero: esta fué la ocasion.

Profesaba nuestro concólega los principios del inmortal Newton acerca de la descomposicion

de la luz: preséntase en Madrid un físico frances, Mr. Marat, quien, fundado en una nueva teoría, pretendía demostrar que aquel elemento solo debia reducirse en su descomposicion á solos tres colores. El conde de Florida Blanca, cuyo ministerio forma una época gloriosa para el engrandecimiento de las ciencias y las ártes en nuestra España, quiso explorar la verdad de este aserto, provocando una exposicion pública en que hiciese aquel sus demostraciones, como lo verificó ante una asamblea numerosa, presidida por el ministro. Ocho dias sucesivos ocupó Mr. Marat en ellas, lisonjeandose de la superioridad de su sistema y de la confusion del modesto catedrático Solano: pero éste, en defensa de nuestra reputacion, obtenida la venia, demostró en los siguientes la nulidad de aquellos principios, explanando el de Newton con tal claridad que convencidos los circunstantes, Marat confesó que el Dr. Solano era un profesor, y en paralelo él, solo un aficionado. Esta escena estuvo para repetirse en Paris, cuando nuestro compatricio pasó pensionado por S. M. C. á aquella corte y la de Londres, con otros siete alumnos para perfeccionarse en los diversos ramos de la ciencia médica.

Regresado á esta ciudad y Colejio, tuvo á su cargo una de las cátedras, distinguiendose

sobremanera por su celo en la enseñanza, y excitando á la juventud á un incansable estudio. Él les hacía ver (*Oracion inaugural leida en el año de 1768*) que en el de la medicina brillan todas las prendas que hacen amable la sabiduría, porque se acomoda al gusto, á la utilidad, y al adelantamiento de la literatura. Separando del espíritu de los alumnos las ideas de horror que ocasiona el aspecto del cadáver, les mostraba las excelencias y bellezas de la anatomía, presintiendo en sus explicaciones aquella division de vida interior ú orgánica, y exterior ú animal, que, proclamada despues por Bichat, ha dado una estabilidad al sistema fisiológico, y embellecido el estudio del cuerpo humano, así vivo como inanimado. Pintor elocuente y exacto de nuestra naturaleza, en su contemplacion cifraba su embeleso, y solía repetir que todas las ciencias se le presentaban mútua é intimamente enlazadas con la que hacía el principal objeto de sus investigaciones.

Retirado al descanso que pedian tan prematuros y asiduos trabajos en el pais natal, era adorado por su virtud, por su modestia, integridad y demas cualidades sociales. La fama de estas y de sus talentos literarios lo buscó muchas veces para llevarlo á dar nuevos frutos en des-

tinios importantes. En el año de 1811, fué invitado para el Consejo de salud pública que José Napoleon estableció en Madrid; é imitando el noble desinterés y patriotismo del hijo de Heráclides, se negó á servir á los enemigos de su patria: despues la suprema Junta central le nombró individuo de la de instruccion pública. Solano en este tiempo se ocupaba en recorrer por última vez lo mas selecto de las obrás que formaban su rica y numerosa biblioteca, la cual dejó legada por su fallecimiento á la parroquia de Santiago de su patria, y en ello un testimonio de su celo por el bien público. En sus últimos años se habia ocupado en hacer el comento de los libros de los aforismos de Hipócrates, reformándolos en los lugares apócrifos.

El nombre de D. Francisco Canivell está tan ligado con la historia de la cirujía española y con el crédito de este real Colejio, que una misma narracion los ensalza simultáneamente. Nada puedo añadir á las noticias biográficas proferidas desde este mismo sitio con elocuente dicción por el actual dignísimo director que preside este acto, al hacer su elojio póstumo en el año de 1798. Sin embargo, por informar de algunas de sus eminentes cualidades á los pocos que puedan desconocerlas, repetiré que despues de haber servido

con distincion y singular acierto en los ejércitos y en las campañas de Italia, y halládose en la memorable jornada de Argel, fué electo bibliotecario de esta real escuela, siguiendo por sus méritos, una rápida escala hasta el grado de cirujano mayor. Las atenciones de numerosas escuadras puestas en movimiento á la vez por altos designios del estado, exigían la concurrencia de los mismos jefes de la facultad, embarcándose estos y los maestros consultores. Canivell, dispuesto siempre á obedecer á su destino, y emplearse donde se le juzgase útil, siendo cirujano mayor, concurrió con sus importantes auxilios al éxito feliz de aquellos. Así fueron su nombre y pericia conocidos por todo el orbe, pues uno y otro mundo le admiraron operando. La correccion que hizo al método de practicar la extraccion de la piedra de la vejiga por el aparato lateral, y que lleva su nombre, es un paso dado ácia la perfeccion de este procedimiento, pues por ella se simplifica el número de instrumentos necesarios, se asegura el resultado, y se economizan al enfermo momentos, siempre siglos, de dolor.

En el reposo de su estudio formó un *Tra-*
tado de vendages y apósitos que sirve en todos los
establecimientos quirúrgicos de modelo de ense-

ñanza en este ramo, y que puede creerse tiene asegurado su dominio. El coordinó igualmente esas lecciones importantísimas acerca de las heridas de armas de fuego, fruto de una experiencia acendrada, obtenida en el teatro fatal cuanto instructivo, donde preside Marte á las escenas mas espantosas.

Á este cuerpo facultativo militar será siempre grata la memoria del jefe que alcanzó del monarca en el año de 1771, la distincion del uniforme, y en el de 89, el goze del monte pío para sus viudas y huérfanos. Los honrosos títulos de cirujano de Cámara de S. M. y de socio de varias academias y corporaciones literarias, y las inmensas gracias con que le honró el señor D. Carlos 3.^o, confirman el aprecio en que le tuvieron sus coetáneos; y estos recuerdos honoríficos que le hacemos, la seguridad de su fama póstuma, dignamente conservada.

La gloria de tantos ínclitos caudillos me engríe acaso demasiadamente, y temiendo abusar de la indulgencia de tan benigno auditorio, voy á acelerar mi narracion, entresacando de esta célebre galería los génios mas sobresalientes. Sería injusto si omitiese el citar siquiera á los catedráticos Reinó, Beau y Castillejo.

Brilló por sus talentos el primero, demos-

trando un genio superior y una inclinacion poco comun al estudio de la ciencia. Su inmensa erudicion le hacia sobresalir en las que él llamaba (*Oracion inaugural de 1765.*) tributarias de la medicina. Su corazon parecia formado para el ejercicio de esta profesion bienhechora, cuyos ministros queria que estuviesen dotados de las cualidades mas insignes, sobre todas, la compasion y el desinterés.

D. Bernardo Beau y Rolando estaba adornado de un genio inventivo tan favorable á los progresos de las ciencias médicas. Por esto exijía de sus discípulos (*Oracion inaugural para el año de 1766.*) una cierta vivacidad en fuerza de la cual, superando en las ocasiones las reglas generales del arte, fuesen aptos á corregir ó inventar, teniendo siempre por norte la mas breve y segura curacion del enfermo, y el sostener el honor de la ciencia. Pero estos actos de originalidad debian estar fundados en la razon, autoridad y experiencia.

D. Domingo Castillejo, cuya reputacion literaria puede graduarse por los sobresalientes discípulos que presentaban sus cursos de botánica, nos dejó un monumento de su erudicion y buen gusto en un opúsculo que leyó á esta respetable Junta en el año de 1771. Defendiendo la

indivisibilidad de la medicina, establecía en él las condiciones de la separacion, tolerada por lo vasto de su objeto y por las predisposiciones de algunos individuos que en su ejercicio se señalan por la destreza en el manejo de algunos de sus ramos. Celoso defensor de la honra de este Colejio, demostró que en el rápido vuelo que había tomado desde su creacion, superaba á los mejor organizados de Europa. Por su muerte ascendió á esta cátedra su discípulo el Dr. D. Francisco Arjona, jóven malogrado que en su efímero desempeño sobresalió eminentemente, dejándonos recuerdos dolorosos. Tambien le debió su educacion botánica y de historia natural el difunto Dr. D. Antonio Cabrera, canónigo magistral de esta santa iglesia, cuya aficion insaciable al estudio de estas ciencias, su elocuencia natural y sus vastos conocimientos en las letras eclesiásticas y profanas han sido bien públicos y conocidos de todos nosotros. Las musas han llorado sobre su tumba, lamentando la irreparable pérdida que en él ha tenido la patria.

¿Cómo podré pasar en silencio los indelebles nombres de D. Juan Navas, D. Ignacio Lacaba, y D. Jose Rodriguez del Pino, que con el conocido D. Antonio Solano, fueron elegidos para echar los primeros cimientos de la en-

señanza médica en el real colejo de S. Cárlos de Madrid, luego de su fundacion?

Si no nos quedase del primero mas que su tratado ó *Arte de partear*, bastaria esta sabia obra para inmortalizarle. ¡Qué fundamentós tan sólidos, qué exposiciones tan acertadas, qué eleccion y abundancia de doctrina, qué criterio en el examen de las opiniones, qué inmensa y fructuosa práctica! Casi medio siglo ha trascurrido desde su primera edicion, y puede decirse que este *Arte* permanece estable en su primer merecimiento; las ediciones posteriores del de Baudeloque, las del de Sée, Maigrier, Gardien, Capuron, y de nuestro Pastor, nada han adelantado á los fundamentos de su doctrina, ni á las reglas de su práctica. Hiere ciertamente nuestro amor propio que en las notas bibliográficas que se leen al pié de cada artículo del Diccionario frances de ciencias médicas, no se cite siquiera el tratado que mas honra al arte obstetricia en el siglo 18. Igual reconvencion pudiera hacerse á sus editores sobre la omision de otros infinitos que son el timbre de la literatura médica; pero la nuestra es poco conocida en las escuelas de Europa, como han demostrado en sus celosas defensas los señores Janer y Rodriguez, vindicando de un modo triunfante á la medicina espa-

ñola de las injurias con que fué denigrada por un articulista.

Otro tanto podemos decir en loor de nuestro Lacaba, respectivamente á su tratado de Anatomía descriptiva, publicado en el año de 1786, cuando apenas se tenian para seguir por texto en las áulas otros que las mezquinas obras de D. Martin Martinez y D. Juan de Dios Lopez.

La anatomía, esa parte de la historia natural que contempla la organizacion del cuerpo humano, ha ocupado no poco á los ingenios españoles, habiendo llegado á sobresalir aun en la artificial. Sirvan de prueba el presentimiento de la circulacion de la sangre anunciado por el estudioso Servet, médico de Zaragoza, y las piezas inimitables que construyó el catedrático aragones Tabar quien, dedicado con ardor al estudio de la anatomía, formó ingeniosamente unas estatuas de seda, que representaban con la mayor exactitud los diferentes sistemas del cuerpo humano. Esta fabricacion original fué sobremañera aplaudida en la corte del señor D. Felipe 2.^o á quien las ofreció.

Pero en los progresos rapidísimos que hizo esta ciencia en el siglo último, la obra del Sr. Lacaba fué la mas completa y metódica, escrita con el lenguaje y estilo mas correctos. Su

osteología ó descripción de los huesos es perfectísima: al cotejarla con la publicada posteriormente por el baron Boyer, se creería esta una version literal de la de nuestro concólega.

Lacaba sobresalió en el arte de fabricar piezas anatómicas de cera. Las que existen en el gabinete de esta casa son hechura de su habilidad en este ramo, en el cual fué su colaborador el profesor de la real armada D. José Cerdá, que acaba de fallecer en la ciudad de San Fernando, de edad muy avanzada. Conservando su aficion hasta sus últimos dias, ha dejado este incompleta una vasta obra que emprendió atrevidamente al fin de su carrera, y que concluida sería un monumento glorioso á su nombre, y al cuerpo que le dió su educacion literaria. El gabinete anatómico de Madrid está enriquecido con gran variedad de piezas de cera que causan la admiracion de cuantos le visitan, el mayor número hechas por nuestro Lacaba.

¡Cuán sensible me es, respetables sombras del ilustre director D. José Sabater, y catedráticos D. Juan Vera y D. Francisco Martinez, no poder detenerme en hacer notorios vuestros relevantes méritos! Sabater, cuya sensibilidad competía con el celo mas pundonoroso en el desempeño de sus graves cargos; Vera tan afable

y compasivo como docto, y Martinez cuya pureza y desprendimiento le hacian ser tan comedido en la asistencia de un proporcionado número de enfermos, y renunciar al rango de director con que S. M. quiso premiar sus servicios. Por eso, depositada en él su soberana confianza, le autorizó para que pasase á Barcelona á reformar aquel Colejio, haciendo en él las alteraciones que juzgase convenientes al mejor desempeño de su instituto.

Y vosotros, recientes despojos de la insaciable parca, decidido Arricruz, bondoso España, laborioso Rodriguez Jaen, compasivo y recto Fartos, mis sábios y venerados maestros, recibid tambien en este sucinto recuerdo un testimonio de mi reconocimiento y gratitud, porque á vuestro paternal esmero debo las luces que he adquirido para ejercer la noble profesion que hace mi suerte y mis delicias. Observando vuestros saludables consejos, yo me he propuesto imitaros en aquellos actos de bondad, celo, laboriosidad, aplicacion y demas virtudes que os recomendaron entre vuestros conciudadanos. Los presentes las han conocido: ¿á qué recordárselas, para renovar el sentimiento de vuestra falta?

Recibe tú tambien, mi caro amigo y discípulo Dr. D. Rafael Luis Ameller, recibe

tambien en este momento de recuerdos dolorosos una prueba de mi indeleble afecto. Al traer á la memoria los méritos que te señalaron sobresaliente en nuestros cursos escolásticos, ¿cómo podré olvidar tu fecunda imaginacion, tu aplicacion incansable, tu puntualidad en el desempeño de unas obligaciones que nos fueron comunes y en que tanto te aventajabas? Ellas presagiaron una carrera feliz; y en efecto, despues de algunos años de penosa navegacion al reino del Perú é Islas Filipinas, te designó esta Junta escolástica, y S. M. aprobó el nombramiento de catedrático de geometría y física experimental con el desempeño de su secretaría. Ah! qué fugaces son los años! Ayer un mismo destino nos unió bajo este techo: ya hoy no existes :.... y perdimos en tí al hijo, al hermano, al amigo, al maestro en tan florida edad y en detrimento de la ciencia. Permitidme, señores, cese aquí, para aflojar la cuerda de tanto dolor.

Una ley de equidad me impone el deber de expresar como glorias de esta real escuela los eminentes servicios que ha hecho al estado el cuerpo de profesores de la armada, oriundos de ella.

Por una parte veo el mérito contraído en largas navegaciones en un tiempo en que el pabellon español se enseñoreaba sobre todas las

aguas, y tremolaba en todos los continentes. Así, se repetía la necesidad de establecer en los parages de arribada ó estacion grandes hospitales, cuya asistencia se confiaba á los acreditados profesores de la dotacion de los buques. Díganlo sino Buenavista, Panzacola, Mahon, Brest, Guarico, Puerto-príncipe y Tampico, donde para asilo de los leales españoles y compasivo trato de los americanos disidentes se fundó uno pocos años hace.

De esta escuela son hijos los que con tanto acierto se han conducido en los sangrientos combates navales, tan frecuentes en la época que he recorrido, pudiendo señalar como espantosa prueba el desgraciado del Cabo de Trafalgar; cuyas consecuencias para el arte saludable conllevamos gustosos largo tiempo, así maestros como discípulos.

Á poco de este suceso, el grito de guerra por la independencianacional nos llama al interior del reino; y profesores y alumnos, sensibles al clamor de la patria, vuelan á las filas de los valientes á contribuir á su libertad y gloria, pues no coopera ménos que el que destruye á sus enemigos, el que conserva sus defensores.

Colonias americanas..... desolado Nuevo-mundo.... Decidnos si sois deudores á este esta-

blecimiento de algunos beneficios. Si , ciertamente. Donde quiera nos señalareis á alguno de sus hijos, á quien debeis el saludable aviso del modo de corregir una localidad morbífera , y por él la extincion de muchas enfermedades endémicas. Aquí arribó uno, me direis, á quien debemos la introduccion de tal remedio ú método desconocido: allí otro, por cuya ciencia lograron su curacion un padre de familias, una autoridad apreciada, ó un humilde esclavo, que sufrían largo tiempo males de gravedad, de que se hallaron libres por la prescripcion de un remedio ignorado, ó por la operacion quirúrgica que reclamaba su situacion.

¡ Habitantes americanos! vosotros habeis visto bajar á vuestras playas celosos naturalistas y escudriñar ese terreno, vírgen para los progresos de las ciencias; no en busca del oro ni de la plata codiciados, sino de otros tesoros de que abunda vuestro suelo, en séres estimables de los reinos mineral, vegetal y animal. Pues esos curiosos investigadores eran hijos de esta escuela.

Tambien habeis tenido, y aun teneis, para que os diesen cuidadosa educacion, catedráticos que han salido de los bancos de nuestras áulas. D. Manuel Moreno y D. Alejo Sanchez desempeñaron como tales las de anatomía en la uni-

versidad de Méjico, el primero de 1764, y el segundo en el de 78.

Basta, señores, ya: bastante habré fatigado vuestra atencion con la exposicion biográfica que suspendo aquí, sin mencionar los distinguidos títulos porque son acreedores á igual gloria los dignos individuos que componen actualmente la Junta escolástica de este real Colejio: este juicio corresponde á la posteridad.

Sean estos caracteres, tomados ligeramente del cuadro de las vidas de aquellos, testimonios positivos de su aprovechamiento en las sánnas máximas que aquí se inculcaron en sus corazones; y refluya el esplendor que los distingue, en lustre del cuerpo que se regocija en numerarlos en sus listas.

Complazca esta narracion al Soberano que lo sostiene, para que halle estabilidad en su poderoso apoyo, y lo vivifique con su augusta proteccion y nuevas gracias: que sus sábios ministros continuen dispensándonos aquel favorable influjo que emplearon con tanto suceso los Ensenadas, Valdeses y los Lemus. Nuestros conciudadanos nos juzgarán segun sus conocidas equidad y justicia; y nosotros, obligados por tantos títulos al reconocimiento, redoblabremos nuestro empeño para sacar de los discípulos presentes y

futuros, numerosos rivales de aquellos que he preconizado. Nada es mas fácil. Si guiados de una vocacion verdadera, vienen á adquirir la ciencia que podrá darles igual celebridad, que imiten su conducta, proponiéndose un modelo á sus acciones. Voy á ayudarles en la eleccion por los medios que expodré en la

SEGUNDA PARTE.

La descripcion de la vida de los héroes inspira aquel entusiasmo que nos lleva á imitar sus acciones. Creo que en la sucinta narracion que he hecho de lo que mas sobresale en la de nuestros ilustres predecesores, podrán tomar ejemplos importantes los jóvenes que apetecen distinguirse en la carrera médica. La moderacion en unos, la sagacidad en otros; en ciertos el ingenio inventivo, en algunos la decision mas venturosa: aquellos sobresaliendo por su modestia y desinterés, estos por su caridad y eficacia: todos en fin por su laboriosidad y aplicacion. Aspirando á imitar las virtudes que distinguieron é inmortalá-

lizaron al padre de la medicina, al grande Hipócrates, procuraron no separarse una línea del plan que éste nos dejó trazado para nivelar por él nuestra conducta. No fué la novedad de su doctrina quien ensalzó su fama, ni el prodigioso suceso de sus curaciones quien atraía á los lugares que honraba con su presencia, á tantos admiradores: el amor al bien público, tan expresado en todas las acciones de la vida de éste generoso griego, lo elevaba sobre el comun de los hombres. Su candor compitió con su sabiduría; y así tenemos de su misma pluma la confesion de sus desgracias y aun de sus faltas en la práctica de la medicina. Superior á toda especie de amor propio, queria que sus errores sirviesen tambien de lecciones á la posteridad.

Dotado de una compasion sin igual, se identificaba de tal manera con su enfermo, que, acompañandolo en la incierta suerte de sus dolencias, algunos espiraban en sus mismos brazos.

¡Qué reglas tan sublimes para formar el corazon de un jóven médico! ¡Qué avisos tan importantes para afirmar sus vacilantes pasos en en los principios de su carrera! La vida es corta, decía, el arte que ejercemos, exige tan largo estudio, que es preciso emprenderlo en edad bien temprana. No vengais sin una vocacion de-

cidida á pretender el título de sacerdotes de Apolo; venid tambien ornados de un discernimiento exquisito, de un juicio sano, dotados de un carácter dulce y firme á la vez, resueltos á conllevar las penas de arte tan espinoso, y con determinacion de proceder siempre segun las vias de la rectitud y de la honradez. Si sufriís con el que sufre, si vuestra alma se entenece al aspecto de los males que afligen á la humanidad, ciertamente podeis emprender su estudio, confiados en que os apasionareis por un arte que os enseña y proporciona el modo de aliviar á vuestros semejantes.

Acostumbrad vuestras manos desde luego á las operaciones de cirujía; recorred sucesivamente el círculo de todas las ciencias: que la fisica os demuestre el influjo del clima sobre el cuerpo humano: y cuando para aumentar vuestros conocimientos os propongais viajar por diferentes paises, observad escrupulosamente la situacion de los lugares, las variaciones de la atmósfera, la cualidad de las aguas que beben sus habitantes, y de los alimentos con que se nutren; en una palabra, estudiad bien todas las causas que pueden inducir cualquiera turbacion en la economía animal, para señalar el régimen segun el cual se puede precaver la produccion de

las enfermedades, y prescribir los remedios con que deben ser curadas.

Tened presente que la experiencia sola es ménos peligrosa que la teoría desnuda de experiencia; y que ni en el polvo de las escuelas, ni en las obras de los filósofos y de los prácticos es donde se aprende el arte de preguntar á la naturaleza, y el arte, todavía mas difícil, de escuchar sus respuestas. Id á estudiarlos á esas mansiones del dolor, donde la hallareis cubierta unas veces de las sombras de la muerte, expuesta otras á los ataques violentos del enemigo; cayendo, y levantándose para volver á caer, y allí, allí demostrará á vuestro ojo perspicaz sus necesidades y sus recursos.

Presentes á este combate que aterrorizará vuestros corazones, debereis expiar y aprovecharos del momento que puede fijar la victoria, para salvar la vida de vuestro enfermo. No abandonéis sino por cortos instantes el campo de batalla; velad siempre en la observacion, porque á la vista de estos espectáculos terribles é instructivos, llegareis á profundizar los secretos íntimos de la naturaleza y del arte.

Tales son las máximas mas generales que profería este gran hombre, y que señalaba como condiciones indispensables para aprovechar en el

estudio de la ciencia. Grabadlas, discípulos estimados de esta ilustre escuela, grabadlas en vuestros corazones, que de su observancia habreis de deducir grandes utilidades. Unid á ellas las protestas mas firmes de imitarlo tambien en la práctica de las virtudes; mas no solo de aquellas, generalmente reconocidas como vínculos que estrechan mas y mas al hombre en la sociedad, y le hacen gozar la paz y la seguridad que ella nos ofrece, sino de las virtudes de nuestro estado, sin las cuales jamas llenaremos del todo nuestros deberes. Oid cuales son estas de boca del mismo Hipócrates: escuchad uno de los trozos mas bellos de sus inmortales obras, en el cual se reconocen vivamente las excelencias de su carácter. Este es su juramento, aquel solemne acto que exijia de sus discípulos para empeñarlos en el ejercicio virtuoso de la ciencia, y sin cuyo formal requisito no procedia á iniciarlos en sus misterios. Escuchadlo:

"Per Apollinem medicum et Æsculapium, Higiámque et Panaceam jurejurando affirmo, et deos, deasque omnes testor, me quantum viribus et judicio valueró, quod nunc juro et ex scripto spondeo, plane observaturum."

En esta primera cláusula nos da Hipócrates un testimonio de su moralidad, y nos re-

comienda la observancia y el respeto á la religion. Si la era en que vivió, si la region que habitaba, impidieron que reconociese y profesase la ley de gracia, sola hasta entonces derivada del mismo Dios por la revelacion, al ménos se vé en esta profesion de sus sentimientos religiosos que reverenciaba á la divinidad, que la invocaba protectora de sus operaciones, y que respetaba el culto de sus padres. Nosotros, mas venturosos, al ligarnos con los suaves vínculos de la religion al ejercicio de nuestros deberes, ilustrados sobre el conocimiento del verdadero Dios, á quien reconocemos y confesamos omnipotente, sapientísimo y justo, principio y fin de todo lo criado, invocaremos su poderoso auxilio, é inspirados por un rayo de su sabiduría, alcanzaremos el acierto.

¡Por qué fatalidad se acusa al estudio y ejercicio de la medicina como inductor al materialismo, y se califica de ateo al profesor de esta ciencia, hasta erijir en proverbio la presuncion de tan necia y horrorosa calumnia! No, sin duda, no merecerá la aprobacion del hombre pensador tacha tan ignominiosa; ántes defenderá que si alguna ciencia ó profesion es capaz de desarraigar tan groseras ideas, esta es ~~la~~ medicina. Voy á demostrarlo.

Si los cielos nos describen la gloria del señor, si el firmamento nos anuncia la portentosa obra de sus manos: si apartando la vista de la magestuosa marcha de los ástros, descendemos al planeta que habitamos, ¿quién, al ver la perfecta organizacion de los cuerpos, la correspondencia de esta innumerable cantidad de seres, el conjunto, la proporcion y armonía con que se ríjen, podrá desconocer el sello de la suma perfeccion y sabiduría de un supremo artífice? Y fijando nuestras miradas en la obra maestra de la creacion, en el primer ser en la escala de los seres, en el hombre, quién, al contemplar lo complicado de su organizacion, lo exquisito de los resortes que dan impulso á su máquina, la dignidad de su gerarquía superior á la de todas las criaturas, se atreverá á negar la existencia de un Dios, creador y glorificador?

Al considerar la maravillosa disposicion de los huesos y de los músculos del cuerpo humano, que afectando las formas de palancas, cuerdas y poleas, obedecen á las leyes de una mecánica superior á la que el hombre ha forjado; al examinar la prodigiosa distribucion y anastómosis de los vasos hasta donde alcanza su limitada vista, aun armada de todos los auxilios que le ha prestado su óptica; al contemplar la jus-

ta balanza con que está nivelada la colocacion de sus entrañas, desiguales en forma y volúmen, en las cavidades torácica y abdominal; al ver por último la exacta simetría de órganos diversificados segun otro orden de funciones que desempeñan, y la armonia con que se conducen todas á un mismo fin, no hay, no puede haber hombre tan estólido que no confiese la existencia de un Dios, autor de tantas maravillas.

¿Y qué es del que se atreve á profundizar los arcanos de su sabiduría, é intenta resolver los problemas misteriosos de la dijestion, circulacion, respiracion, nutricion, y el mas profundo aun de la generacion?... El escalpel se cae de la mano del anatómico, el fisiólogo abandona la pluma y sus experimentos, confesando su pequeñez y confusion ante una superior inteligencia.

En efecto, basta la anatomía para demostrar la existencia de Dios, y los mas grandes escritores de esta ciencia, se han distinguido por la moral mas pura, y por el mas sincero amor á la religion.

Desciende Hipócrates de la divinidad, á quien tributa el primer homenaje, y halla en la tierra nuevos objetos que merecen su veneracion.

Los padres son, en el orden de la naturaleza,

nuestras primeras autoridades. Les debemos la existencia, la educacion, el socorro de todas nuestras necesidades, un amor sin límites..... ¿cuál habrá de ser nuestra retribucion? Pues á éste respeto, á estas obligaciones quiere Hipócrates se asemejen las que contraemos con nuestros maestros, llevando nuestra gratitud hasta á su posteridad. Así dice: "*præceptorem quidem qui me hanc artem edocuit, parentum loco habiturum, eique cum ad victum, tum etiam ad usum necessaria, grato animo communicaturum et suppeditaturum. Ejusque pósteros apud me eodem loco quo germanos fratres fore; eosque, si hanc artem ediscere volent, absque mercede et singraphia edocturum.*"

Estos merecerán su predileccion, serán tratados y considerados como sus propios hermanos; nada habrá reservado para ellos, pues los hará partícipes, con el mayor desinterés, de los preceptos y doctrina que haya adquirido por sus estudios y observaciones. Esta gracia se extenderá á todo aquel, que, de buena fé y bajo el sagrado pacto del juramento, desee condecorarse con el título de médico: de otra manera, á ninguno revelará ni comunicará sus conocimientos: "*præceptionum quoque et auditionum, totiusque reliquæ disciplinæ, cum meos et ejus qui me docuit liberos, tum discipulos que médico ju-*

jurando nomen fidemque dederint, participes facturum: aliorum præterea nēminem."

Me consagraré todo al cuidado y alivio de mis enfermos, prosigue, todo cederá en utilidad de estos. Y cuanto mis facultades y mi meditacion puedan alcanzar, así en la prescripcion y régimen de sus alimentos, como en la administracion de los remedios mas escogidos, será ejecutado con la mas religiosa escrupulosidad: "*Victus quoque rationem quantum facultate et judicio consequi potero, ægris utilem me præscripturum."*

Ni seducido por cualesquiera dádivas, jamas daré á enfermo alguno un medicamento mortal: ¡oh! nunca cometeré tal atentado: "*neque cujusquam precibus adductus, aliqui medicamentum lethale propinabo, neque hujus rei auctor ero."*

Huya para siempre de nuestra mente la sombra de tal pensamiento: no mancheis con él la honradez de esta ciencia virtuosa, que por este solo acto diviniza al que le ejerce. Árbitros de dirigir el giro de las funciones de aquel ser que somete á vuestra discrecion su bienestar y su existencia misma; ¡cuán léjos ha de estar de vuestra imaginacion, no diré el causarle, pero ni aun el consentir que sufra la mas leve molestia, agena del mal ó de los medios de cura-

cion! Horror y oprobio, y todas las penas imaginables sobre aquel que, frustrando el objeto de la heroica confianza del que somete su vida á sus deliberaciones, convirtiese su poderío en daño de su generoso hermano! Vuestro semblante afable y placentero alejará toda desconfianza: serenando la inquieta agitacion con que se os espera al lado del enfermo, una grata sonrisa anunciará vuestra llegada, y sereis recibidos como el ángel del bien que aleja con su presencia los hediondos vicios y los males exterminadores.

Y por la misma causa, prosigue, jamas daré á muger alguna medicina capaz de corromper el feto que encierra su vientre, medicamento alguno abortivo. Pero á aquella que sea casta, á aquella que vea limpia de toda mancha criminal, no solo la favoreceré con todos los auxilios del arte, sino que emplearé tambien mi vida, si necesario fuese, en su socorro: "*neque simili ratione mulieri pessum subdititium ad fetum corrumpendum exhibebo; sed castam et ab omni scelere puram, tum vitam, tum artem meam perpetuo præstabo.*"

Palabras sublimes, protestas virtuosísimas que nos retratan al vivo el candor de sus sentimientos y la moral mas pura en sus operaciones. No las olvidéis; y que su recuerdo influya

me á menudo esta llama de vuestro anhelo por el bien físico y moral del hombre. Supera en la muger, por un resultado admirable de su organizacion, un incentivo poderoso que la arrastra al logro de sus pasiones: así el supremo Hacedor quiere que la vehemencia de aquel deseo borre ó debilite la idea de los tormentos y peligros á que la expone el desempeño de su destino primordial: así asegura su omnipotencia el suceso de la conservacion. Y si cediendo al acento interesante con que el hombre la mueve á sus deseos ó á sus necesidades, queda cautiva en red tan artificiosa, á veces se convierte en un objeto de horror, aun á sus propios ojos.

La ignorancia de la verdadera accion de algunos remedios, ha erijido estos en fantásticos abortivos, y ellas los solicitan. No desampareis esta víctima: pero guardaos de ser complacientes, prescribiendo remedios indirectos. El poder de la imaginacion suple lo que les falta, y os hareis reos involuntarios de un infanticidio.

Igual resistencia nos anuncia el padre de la medicina para ejecutar por sí la operacion de la litotomía, y yo veo en esto el resultado de una resolucion inconcebible. Diestro en el arte de ejecutar todos los procedimientos quirúrgicos con-
~~venidos~~venidos en su tiempo, y aconsejando á sus dis-

cípulos la práctica mas repetida en la parte operatoria, ¿por qué reusaba la ejecucion de un medio de salvar al enfermo de afeccion tan peligrosa? Deduzcamos de esta cláusula una consecuencia importante: desnudo de amor propio, reconocía la superioridad de aquellos litotomistas, diestros en el modo de extraer la piedra de la vejiga, y dedicados esclusivamente á este ejercicio. Superiores á él en su ejecucion, les cedía toda la gloria del suceso, y elogiaba su destreza segun estas palabras: *neque cálculo laborantes scabo; sed magistris ejus artis id muneris concedam.*

Llamado al seno de una familia para comunicarme sus infortunios, no será otro el fin de mis proceder, que el restituir la salud al enfermo. Guiado de este único principio, desecharé todas las injurias é invectivas que se dirijan á mi persona; mi integridad alejará toda sospecha de corrupcion, y ni la muger ni las hijas notaran el mas leve signo de descompostura en mis acciones ni en mis gestos. El clamor de la humanidad guiará siempre mis pasos al lecho del enfermo, y evitando los extremos de un carácter sombrío y taciturno, y de una locuacidad inmoderada, huyendo de alhagar sus caprichos, daré un claro testimonio de mi prudencia y conocimientos: *in quancumque autem* ^{de}

mum ingressus fuero, ad ægrotantium salutem ingrediari, omnem injuriæ inferendæ et corruptelæ suspicionem procul fugiens; tum vel máxime rerum venerearum cupiditatem erga mulieres juxta ac viros, tum ingenuos tum servos.

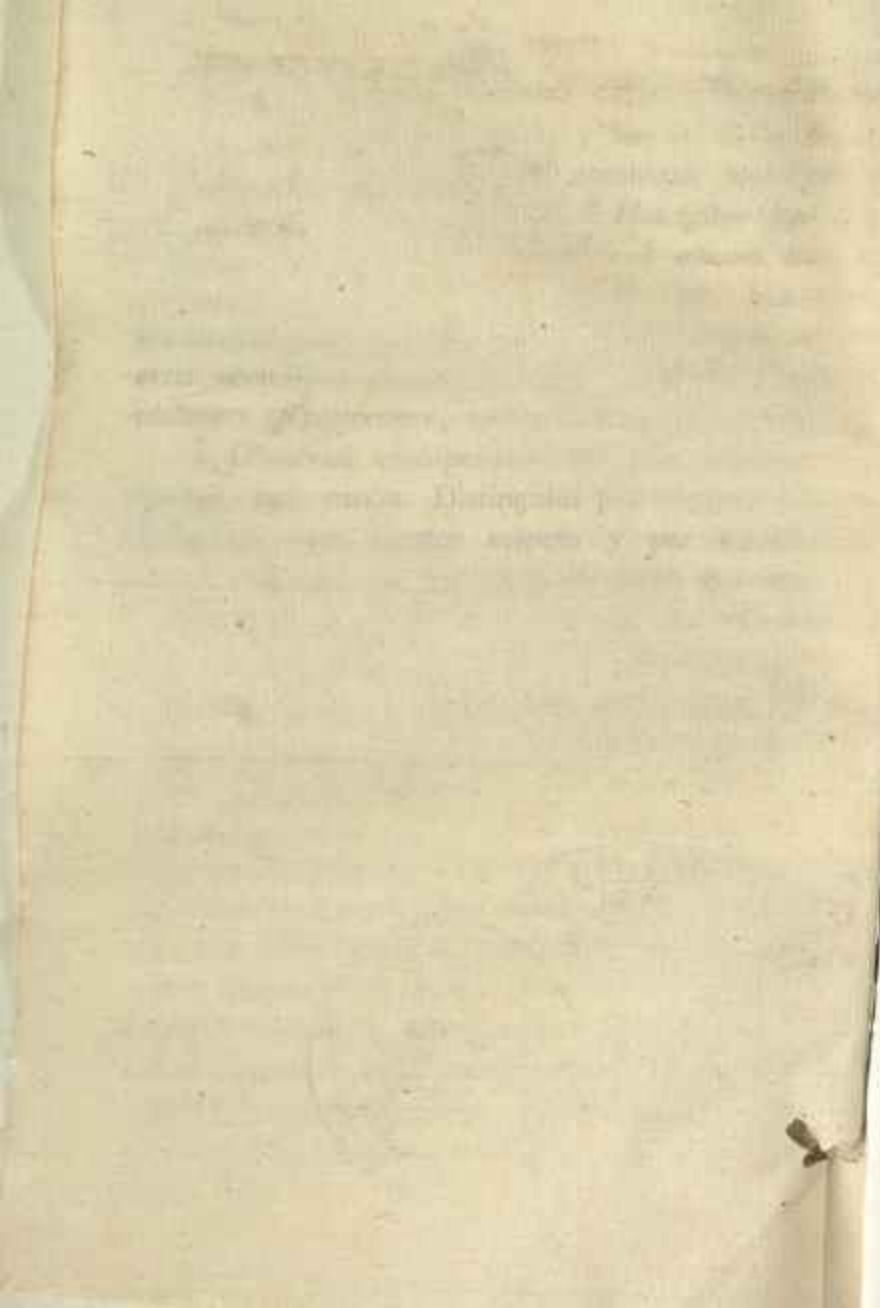
Sepultaré eternamente en mi pecho los secretos que me sean revelados: y todo aquello que vea y oiga al tiempo mismo que soy llamado al desempeño de mi ministerio, serán arcanos que guardaré en el mas profundo silencio. Depositarios de los secretos de muchas familias, árbitros, por decirlo así, de la reputacion de los que nos han comunicado sus flaquezas, el honor nos impone el deber de callarlas, aun á riesgo de nuestra reputacion y de nuestra vida: *quæ vero inter curandum aut etiam medicinam minime faciens, in comuni hominum vel videro vel audiero, quæ minime in vulgus efferri oporteat, ea arcana esse ratus silebo.*

Y si religiosamente guardase y cumpliese este juramento, si en nada llego á quebrantarlo, viva yo, ó Dioses, una larga y feliz vida, gozando de la estimacion de los hombres, y disfrutando de los abundantes y lisonjeros frutos que me producirá el arte. Mas si llegase á violarlo, si alterase por una conducta inconsecuente y criminal el menor de estos deberes, la

execracion del género humano caiga sobre mi cabeza, confúndame su odio, y envilecido ante sus ojos, todas las desgracias combatan mas y mas mi despreciable existencia. "*Hoc igitur iusjurandum si religiose observabero, ac minime irritum fecero, mihi liceat cum summa apud homines existimatione perpetuo vitam felicem degere, et artis uberrimum fructum percipere: quod si illud violavero et pejerevaro, contraria mihi contingant.*"

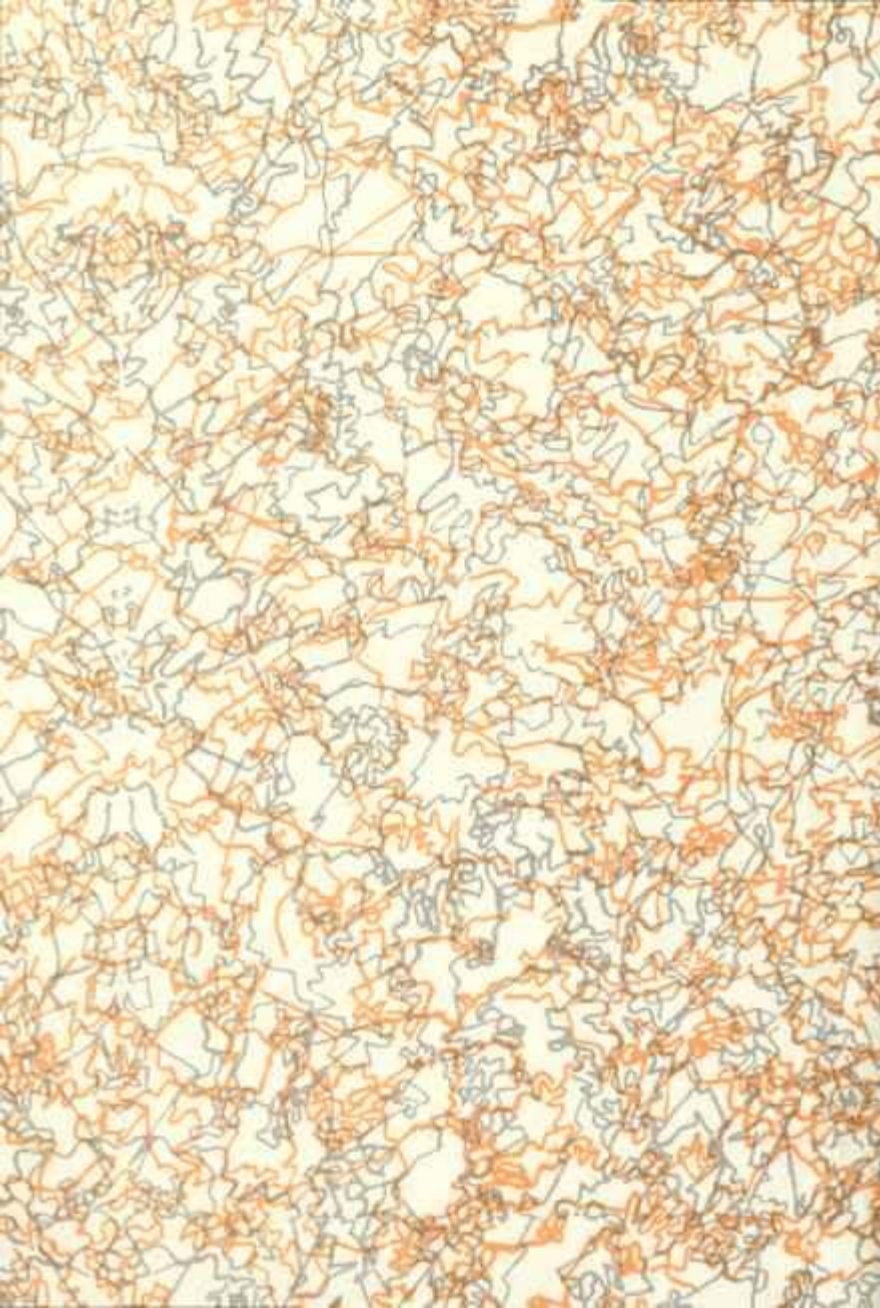
Observad escrupulosamente, amados discípulos, este cánón. Distinguíos por vuestra religiosidad, por vuestro respeto y por vuestro aprovechamiento en las sánas lecciones que vais á recibir, y la sabiduría os tejerá una corona que será duradera. La fama del guerrero desaparece: el tiempo respeta la del sabio: *clara est et quæ numquam marcescit, sapientia.* (Sap. cap. VI. §. 13.) He dicho.





2

on s
or



Biblioteca Pública de Cádiz

Sig.: FL 61 LAS ora

Tít.: Oración inaugural que en s

Aut.: Laso, Francisco Javier

Cód.: 1066684

